

Universidad Nacional Autónoma

MEXICO

600

240 7

LITERATURA POSTERIOR
A LOS SIGLOS DE ORO
DON JUAN VALERA.

TRABAJO PRESENTADO POR LA SRITA.
CONSUELO MAGAÑA P.

PARA OPTAR AL TITULO DE MAES-
TRO EN LETRAS DE LA FACUL-
TAD DE FILOSOFIA Y LETRAS.



1931

1931



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

La Literatura es muy importante en la historia de los pueblos, habrá más adelanto en un país cuantos más literatos haya.

La Literatura española se divide en Literatura medioeval o de la Edad Media, Literatura de los siglos de oro y Literatura posterior a los siglos de oro. La Literatura de la Edad Media se caracteriza: por el espíritu religioso, el realismo, la energía, la variedad, la persistencia de la tradición épica castellana, las influencias orientales, el arraigo de lo popular y la convivencia con los elementos eruditos, las influencias literarias extranjeras y las tendencias moralizadoras y satíricas.

La Literatura de los siglos de oro es la época más brillante del teatro español: la Literatura llega a todo su esplendor de belleza en el idioma, de cultura; su teatro es el más variado y extenso de los pueblos modernos y comprende los dramáticos de la escuela de Lope de Vega y los de la de Calderón. La escuela de Lope se distingue por el predominio de la espontaneidad, frescura e inspiración, por frecuentes tendencias épicas que se traducen en la dramatización de leyendas medioevales, mientras que en la de Calderón prevalecen las dotes reflexivas, mayor cuidado en el plan, más regularidad, mayor complicación en la intriga y mayor contagio de las tendencias culteranas.

A mediados del siglo XVII vino la decadencia artística, con sus idealismos y simbolismos calderonianos, con el simbolismo que en el decir abarcan lo culterano y conceptual, el gongorismo y la decadencia en toda la literatura.

En el siglo XVIII aparece el neoclasicismo, después aparece la novela, en seguida viene una decaden-

cia de las letras nacionales. Como causas morales que ocasionan la decadencia viene la guerra y con ella un relajamiento en las letras, el público exige con fragmentos breves, intensivos, que no están exentos de talento. Están muy en boga el cuento y la novela corta sintetizada, hay gran sensación en los ánimos, el lector es fugitivo, hay reacción, hay depravación, hay tendencia por leer horrores, el gusto se estraga por los dos polos: el autor y el lector.

Después de haber llegado España en la literatura a todo su esplendor, a su apogeo, a la cumbre de los siglos de oro, de cultura, de belleza en el idioma, en el último tercio del siglo XVIII viene la decadencia; un acontecimiento muy notable la determina y es el advenimiento de la Casa de Borbón: Felipe V, de 1700 a 1746; Luis I en 1724; Fernando VI de 1746 a 1759; Carlos III de 1759 a 1788; Carlos IV de 1788 a 1808; Fernando VII de 1808 a 1833. En 1701 llega Felipe V a Madrid.

Sería un error creer que las épocas literarias bien definidas coinciden cronológicamente con los períodos históricos aunque se acerquen a ellos y así en el siglo XVIII en las letras españolas, empieza uno después del advenimiento de la casa de Borbón desde 1701 hasta 1830 y se nota en los últimos años del reinado de Fernando VII una renovación literaria, social, política que coincide con los preludios del romanticismo.

La influencia francesa desde el final del siglo XVII se había extendido notablemente en toda Europa: aunque en España no hubiera reinado la casa de Borbón, hubiera sido notable esta influencia como lo fué en Inglaterra, Alemania, Italia y Portugal. Los escritores franceses del siglo de Luis XIV eran muy leídos y admirados; el espíritu neoclásico y académico, se infiltraba por todas partes.

Como reflejo de la influencia francesa hubo en España algunas instituciones oficiales como la Biblioteca Nacional, Academias Española y de la Historia; las continuas traducciones de escritores franceses como de Corneille, Voltaire, Racine, Buffon, La Fontaine, Bossuet, Fenelón, las numerosas imitaciones de ellos; la boga que alcanzó la tragedia entre los eruditos, según el tipo neoclásico francés y la poderosa influencia que alcanzaron los grandes filósofos franceses como Rousseau, Montesquieu y Voltaire. Además se observa en Luzán la influencia italiana de al-

gunos preceptistas: en Leandro Moratín de Goldini, de Alfieri, por las traducciones de sus tragedias. También hubo algunas influencias inglesas. En Meléndez y en Quintana además de las versiones de Shakespeare, se tradujeron las obras de Batteux y de Blair. El primer tercio del siglo XVIII puede decirse que es una prolongación del XVII en asuntos literarios y se nota en la lírica y en la dramática: en la lírica se vislumbra un crepúsculo de la época anterior, un ejemplo lo tenemos en Alvarez de Toledo y en los equívocos y rasgos de mal gusto en Benegassi. La poética de Luzán publicada en 1737 coincide con la aparición del Diario de los literatos; estas obras y el Teatro Crítico y las cartas de Feijoo, influyen notablemente en el cambio de criterio y de gusto haciéndose general la difusión de ideas italianas y francesas en poesía, teatro, filosofía, crítica y didáctica. Luzán y algunos discípulos suyos llevan estas ideas a la Academia del Buen Gusto que presidía en Madrid la Marquesa de Sarria; en esta Academia, por una parte se rinde culto a las tendencias del siglo XVII en la Lírica y por otra los discípulos de Luzán exageran las doctrinas de su maestro. El desarrollo de las ideas francesas es cada vez mayor y se imponen a lo tradicional y castizo; así Clavijero y Fajardo, traductor de Buffon y de Voltaire, y don Nicolás Moratín consiguen la prohibición de los Autos Sacramentales en 1765, no obstante la protesta de algunos escritores.

Tiene lugar en esta época la expulsión de los jesuitas de España en 1767 como había pasado en Nápoles, Portugal y Francia, figurando entre ellos muchos escritores de mérito y de renombre.

La filosofía tiene influencia más poderosa que en los siglos anteriores: los filósofos estuvieron de moda, brillaron en los salones, comunicaron su carácter a individuos y sociedades, derramaron por todas partes su crítica, su sistema y hasta su escepticismo, su incredulidad y su rebeldía.

Este espíritu filosófico influyó no poco en Campomanes, Clavijo, en la primera época de Olavide; en Cadalso imitador de Montesquieu en sus Cartas Marruecas, en Iriarte, Samaniego, Cienfuegos, Moratín, Quintana.

Las Revistas Literarias y periódicos se difunden cada vez más; se distinguen entre otros: el Diario de los Literatos en 1737; el Diario Curioso, Erudito, Económico y Comercial, etc.

El prosaísmo es característico de la literatura y de la poesía del siglo XVIII; así don Francisco Gregorio de Salas y don Tomás de Iriarte entre otros, llegaron a lo prosaico, y se pretendió desterrar la viveza de la fantasía, el calor de la expresión. Las tres unidades dramáticas también caracterizan este siglo; la producción y la crítica teatral, la tragedia neoclásica francesa las reconoce como base, y los preceptistas las defienden y algunos eruditos tachan de desarregladas e incorrectas las comedias del siglo XVII, a pesar de los aplausos que el pueblo les tributaba.

Dice Quintana: Una acción sola presentada sea en sólo un sitio fijo y señalado, en sólo un giro de la luz febea.

En 1712, Felipe V funda una biblioteca que tuvo por base 8,000 volúmenes. En el personal figuraron escritores y eruditos como Ferreras, don Leandro Fernández de Moratín.

También se fundó la Academia Española, su fundador y director fué don Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena y duque de Escalona, virrey de Cataluña, Navarra; figuró entre los más entusiastas partidarios de Felipe V en la guerra de sucesión, cayó prisionero en la batalla de Brihuega, solicitó de palabra la protección real para fundar una Academia encargada de velar por la elegancia y pureza del Castellano y convocó a varios escritores. La primera obra de la Academia fué el Diccionario llamado de Autoridades en seis tomos, muy notable para su época y que desgraciadamente no fué reimpresso, después publicó la Ortografía y la Gramática.—Posteriormente se fundó la Academia Universal que se llamó Academia de la Historia.

La primera empresa de la Academia fué la formación de un Diccionario histórico crítico universal de España proyecto que no se llevó a efecto; más tarde Casiri propuso y se encargó de un Catálogo alfabético de varias voces castellanas que tienen su origen en la lengua árabe.

De la época posterior a los siglos de oro los autores más notables son: Don José Cadalso nació en Cádiz, estudió con los jesuitas y en París, viajó por Europa, conoció el latín y los principales idiomas modernos. En sus Noches lúgubres imitó al inglés Young; son una sentida elegía en prosa de fondo lírico y semi-dramático, que se refiere a la muerte de su amada y al intento de desenterrar su cadáver, está dividida en

tres noches o escenas y es obra melancólica, sentimental y de ambiente sepulcral. Sus Cartas Marruecas se publicaron después de su muerte, cuya idea primordial salió de las Cartas persas de Montesquieu.

Don Leandro Fernández de Moratín, hijo de don Nicolás, era de carácter tímido; se aficionó al estudio y a las letras, y asistía a las tertulias literarias a que asistía su padre.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos estudió en Alcalá, estuvo desterrado, escribió dos obras dramáticas, otras de carácter didáctico y educador, uno de sus principales escritos fué un Informe acerca de la ley agraria que emitió en nombre de la Sociedad Económica de Madrid.

Don Manuel José Quintana estudió en Salamanca, amigo de Jovellanos, fué gran poeta lírico, escribió dos tragedias, tenía ideas filosóficas y políticas; como era partidario de los liberales y de la Constitución, fué encerrado en la Ciudadela de Pamplona. Cuando estuvo en libertad fué director de Instrucción Pública. Los últimos años de su vida los pasó retirado y respetado y se le considera como clásico.

Don Manuel Eduardo de Gorostiza fué de origen mexicano, vivió muchos años en España, cultivó la comedia moratiniana. Sus obras son: Indulgencia para todos, Las costumbres de antaño, Contigo pan y cebolla que es una caricatura del romanticismo en la vida social y doméstica.

Don Manuel Bretón de los Herreros, estudio en Madrid, escribió en periódicos, tuvo varios empleos entre ellos el de Director de la Biblioteca Nacional y el de Secretario de la Real Academia Española. Escribió letrillas, anacreónticas, hizo varias traducciones; pero su principal mérito estriba en la dramática pues es uno de los más fecundos dramaturgos del siglo XIX; escribió 175 obras y abarcó casi todos los géneros.

El romanticismo nació en Francia con Rousseau y Bernardin de Saint Pierre; en España con Cienfuegos y Quintana; en Inglaterra con los lakistas; en Alemania con los románticos y aun clásicos Goethe y Schiller, porque era efecto de la nueva estética subjetiva como oposición a la objetiva del clasicismo. Madame de Staël dice que romanticismo es "la poesía que tiene su origen en los cantos de los trovadores, poesía que nace de la fusión de la caballería y del Cristianismo."

Hegel dice del romanticismo: "El espíritu que halla dentro de sí mismo lo que antes buscaba en el mundo sensible de la realidad objetiva. El romántico es espiritual, el clásico es material".

El romanticismo es otra de las épocas notables de la literatura. Entre los poetas románticos tenemos a Martínez de la Rosa, don Mariano José de Larra, Rivas, Espronceda, García Gutiérrez, Hartzenbusch. Zorrilla, Gil y Zárate don Antonio, doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, Carolina Coronado y otros.

Don Angel de Saavedra y Ramírez de Baquedano heredó el título de duque de Rivas de su hermano, fué ministro y embajador en Nápoles. El duque de Rivas escribió composiciones neoclásicas, leyendas, leyendas románticas; obras dramáticas, tragedias clásicas. Entre sus dramas románticos el más notable es Don Alvaro o la Fuerza del Sino. Este drama tiene las características del drama romántico: por la forma, variedad de rimas, mezcla de prosa y verso; por el fondo, sentimentalismo intenso, carácter misterioso del protagonista, mezcla de lo cómico y lo dramático. Dice don Marcelino Menéndez Pelayo: "Inmenso como la vida humana, rompe los moldes comunes de nuestro teatro, aun en la época de su mayor esplendor, y alcanza un desarrollo tan vasto como el que tiene el drama en manos de Shakespeare y de Schiller. Una fatalidad no griega sino española, es el dios que hizo aquella máquina que arrastra al protagonista, personaje de sombría belleza.

Don José de Espronceda y Delgado se distingue como poeta y sus poesías comprenden: primero Fragmentos del poema narrativo Pelayo, segunda poesías líricas, tercero, Los poemas mayores El estudiante de Salamanca y el diablo mundo, cuarto Sus obras dramáticas y Quinto, Poesías atribuídas.

Don José Zorrilla y Moral nació en Valladolid, vivió en Madrid y se educó en el Seminario. Comenzó la carrera de Leyes pero la abandonó porque sentía más afición a las letras. En el entierro de don Mariano José de Larra (Fígaro) leyó unos versos que dicen: Ese vago clamor que rasga el viento.—Es la voz funeral de una campana: vano remedo del postrer lamentado de un cadáver sombrío y macilento — que en sucio polvo dormirá mañana. Donde se distingue Zorrilla es en las leyendas, también escribió obras dramáticas, comedias de espectáculos, tragedias, dramas románticos de fondo histórico o legendario. A los vein-

tisiete años escribió Zorilla don Juan Tenorio; dijo cierta ocasión que sin preparación suficiente compuso este drama en veintiún días. Las fuentes de este drama son: "El convidado de piedra, de Zamora; Las ánimas del Purgatorio, de Merimée". Ha sido criticado el Tenorio, pero tiene muchos méritos como la verificación fluida y rica; la abundancia de movimiento y vida y el enlace de las diversas partes de la acción.

Don Antonio Gil y Zárate estudió en París, fué catedrático de francés de la Escuela de Comercio del Consulado de Madrid, director de Instrucción Pública y subsecretario. Escribió un Manual de Literatura, que contiene un resumen de historia literaria de España, es famoso como poeta dramático: escribió tragedias según el gusto neoclásico francés, dramas históricos con tendencia romántica.

Doña Carolina Coronado fué alabada por Espronceda y Donoso Cortés, en su juventud vivió en el campo y más tarde en Madrid; se distinguió por sus poesías líricas, sentimentales y románticas, suaves, sencillas, amorosas y místicas.

Entre los poetas líricos de la época realista tenemos a don Gustavo Adolfo Bécquer; fué sevillano, desde pequeño tuvo afición por la Literatura, fué amigo de Narciso Campillo. Escribió en prosa sus famosas Leyendas, cartas literarias tituladas Desde mi celda y varios artículos; sus leyendas son delicadas, fantásticas, poéticas y expresadas en estilo terso, florido y claro. Sus rimas son poesías cortas que se distinguen por su delicadeza y melancolía; en ellas son escasas las alegrías y abunda la pena, el dolor y la tristeza.

Don Ramón de Campoamor abandonó los estudios por dedicarse a la poesía; desempeñó varios puestos públicos, fué Gobernador oficial de Hacienda, orador en el Parlamento; escribió obras muy variadas: de Filosofía, dramáticas, líricas, narrativas. Sus cantares se distinguen por su espíritu reflexivo, por su tendencia filosófica y están escritas en metros regulares en redondillas o cuartetos. He aquí uno de sus cantares: Te pintaré en un cantar la rueda de la existencia: pecar, hacer penitencia,— y luego, vuelta a empezar. Publicó una colección de Fábulas de intención moralizadora, con tendencia irónica que pueden considerarse como el antecedente de las Doloras que son pequeñas composiciones que se distinguen por la

gracia, soltura, ingenio, humorismo y tendencia filosófica.

Don Gaspar Núñez de Arce, nació en Valladolid, estudió en Toledo y en Madrid. Se distinguió como dramático y más como lírico. La última lamentación de lord Byron es un poema en 76 octavas, es un canto, puesto en boca del poeta inglés; este canto es una especie de meditación que supone el poeta que tuvo Byron acerca de los desengaños de su vida, su tedio, su tristeza y todo el ambiente que lo rodeaba; publicó un tomo de poesías titulado Gritos del Combate, bellísimas poesías llenas de fluidez, elegancia y elocuencia; la Selva oscura, El Vértigo, La visión de fray Martín, Maruja, La pesca, son sus principales poemas. Núñez de Arce tiene en sus composiciones bellas y coloridas descripciones y es muy esmerado en la forma.

Don Federico Balart se distingue como lírico, escribió un libro llamado Dolores, colección de elegías a la muerte de su esposa, el tono de estas composiciones es melancólico impregnado de sentimiento cristiano y de fe resignada.

Luis Mariano de Larra se distinguió por algunas comedias de costumbres; escribió libretos de zarzuelas; sus producciones tienen cierto matiz melancólico y tendencia moralizadora.

Don José Echegaray, desde muy joven mostró gran afición al teatro. Escribió obras científicas, dramáticas, discursos, etc. Entre sus dramas más notables están O locura o santidad, El gran Galeoto, El loco Dios y otros.

A principios del siglo XIX hubo una decadencia de la novela en España. Circulaban traducciones de Voltaire, de Rousseau, de Chateaubriand. Aparece luego la novela por entregas como las de Eugenio Sue y Alejandro Dumas franceses en España; Wenceslao Ayguals de Izco imitador de Sue, y Enrique Pérez Escrich. Tenemos después la novela de costumbres. Los principales novelistas de este género son D. Ramón de Mesonero Romanos, Estébanez Calderón, etc., Fernán Caballero pseudónimo de doña Cecilia Bohl de Faber, era hija de un erudito alemán, fué una novelista que vivió modestamente en Sevilla. Sus principales novelas fueron la Gaviota y otras; sus obras se caracterizan por su tendencia religiosa y moralizadora y por el propósito de enseñar los deberes cristianos especialmente la caridad. Fernán Caballero influyó en

el resurgimiento de la novela en España en el siglo XIX.

Aparece después la novela realista que es parecida al tipo de la novela francesa, sirve de unión entre la de costumbres y la naturalista.

De esta época es don Pedro Antonio de Alarcón, estudió filosofía, se graduó de bachiller, comenzó a estudiar leyes, volvió al Seminario. Publicó el Final de Norma, Poesías serias y humorísticas; su obra maestra El Sombrero de tres Picos, El Escándalo, La Pródiga; es el novelista más leído, el más gustado y el más popular de los novelistas españoles. Alarcón es el más sano, natural y llano cuentista español y gran moralista.

Uno de los escritores más notables de esta época y que cultivó este género fué don Juan Valera.

Don Juan Valera y Alcalá Galiano nació en Andalucía, Cabra Córdoba, el año de 1827, fué hijo de los Marqueses de la Paniega y sobrino de don Antonio Alcalá Galiano. Estudió la carrera de Derecho en Málaga y en el Sacro Monte de Granada. Se dedicó a la carrera diplomática, acompañó al Duque de Rivas a su embajada en Nápoles, fué embajador en Lisboa y Ministro en Washington y Bruselas. En 1861 fué nombrado miembro de la Academia de la Lengua. Estos dos aspectos de su vida, el de diplomático y el de Académico caracterizan en parte la personalidad de don Juan Valera. Hay una íntima relación entre la personalidad del escritor y la personalidad del hombre; con sobrada razón dice Clarín: "El Señor Valera es un autor olímpico y hace bien: por lo menos tiene derecho a serlo; es un aristócrata del talento".

Este carácter se manifiesta en su actitud frente a la vida, y particularmente frente a la Literatura. Don Juan Valera vivió en una época de tendencias encontradas, entre los últimos estertores del romanticismo que agonizaba y los primeros albores del realismo y el naturalismo que vió nacer, crecer y morir; pues para todo eso le alcanzó la vida que fué de setenta y ocho años, terminada en Madrid el año de 1905. El señor Valera fué extraño y contrario a estos movimientos literarios, contrario y extraño fue también en el campo de la Filosofía y la Sociología. Don Juan Valera era escéptico, desconfiado de las modas literarias y filosóficas que inquietaron a Europa en la última parte del siglo pasado; era un hombre aislado. El caso no es único en la historia del arte. Antes al contrario;

suele haber en cada generación un artista que permanece aislado, que se aparta del movimiento general, porque no crea ni sigue alguna dirección particular; únicamente sigue una dirección personal, sin consejos, sin maestros, sin colegas y sin discípulos.

Este mismo fenómeno se repite en las figuras de Goethe, Stendhal, Flaubert y Renán. Estos hombres eminentes aparecen en los estudios que los críticos han dedicado y dedican a don Juan Valera, en acertadas y atinadas comparaciones y así dicen: es clásico y aristócrata como Goethe; psicólogo como Stendhal; culto en la forma como Flaubert; escéptico, tolerante y algo más tolerante en el espíritu moral, como Renán.

Una aureola de clásica serenidad circunda la frente soñadora de Goethe y de Valera que tienen de la belleza y del arte que la expresa un concepto elevado, supremo, en cuya contemplación parecen olvidar cuanto les rodea.

La vida de ambos artistas es progresiva, de constante aspiración a un ideal, no tanto creado como sentido, instintivo; de elaboración y perfeccionamiento progresivo y gradual. Para ellos vivir es perfeccionarse; escribir es realzarse. Las cosas y los hombres; la razón y el sentimiento; lo épico y lo lírico, todo es elemento de vida en su existencia; todo es elemento de arte en su obra.

A pesar de todo lo expuesto hay entre los dos escritores grandes diferencias, y, sin duda, como hombre y como artista, la ventaja está de lado de Goethe. En este último el clasicismo es dominio amplio sobre la vida, es equilibrio, seguridad. En Don Juan Valera a veces sólo es vacilación, duda, desconfianza. Aquel es más rico en facultades, y la armonía de ellas en su alma es más acabada, más perfecta. Si la serenidad de la razón no lo abandona nunca, no por eso se paraliza su corazón ni pierde nada de su exquisita sensibilidad de poeta lírico. En Don Juan Valera la razón ahoga frecuentemente el sentimiento. Como escritor y como hombre es menos jugoso. Su corazón por todo lo demás sensible, es frecuentemente frío. El mismo dice: "Mi fantasía se exhaltó en tales lecturas místicas, pero mi frío corazón siguió en libertad y mi seco espíritu se atuvo a la razón severa". En efecto es poco sentimental y su escepticismo es más bien duda tranquila, modalidad filosófica y estética de la razón y un poco de ironía. Debemos reconocer ante todo que de todos los escritores españoles del siglo XIX, Don Juan

Valera es uno de los muy pocos que tienen verdadera estética y verdadero arte literario.

Ni en la época de mayor fervor al romanticismo fué romántico, sino clásico; era idólatra de la forma, pero de la forma espiritual, íntima, no de la estructura. Valera no es romántico, ni realista, ni naturalista, ni simbolista: es clásico. Don Juan Valera no podía, por temperamento, aceptar el romanticismo ni el naturalismo. Su actitud recuerda la de Goethe para quien el romanticismo no era otra cosa que una enfermedad.

El fin del arte, dice Don Juan Valera, "es la creación de la belleza, y la belleza se da en la forma, es la forma. El arte no es la imitación de la Naturaleza, sino la creación de la hermosura y la manifestación de la idea que tenemos de ella en el alma, revistiendo esta idea de forma sensible". Por su inspiración, es la de Don Juan Valera la estética del idealismo platónico; por su finalidad, es la estética del arte por el arte.

Don Juan Valera fué poeta lírico, periodista, crítico, filósofo, dramaturgo, traductor, cuentista y admirable novelista.

La poesía de Valera es reflexiva, erudita, sabia, y llena de intenciones, poesía artística, de forma, obra de la cabeza; pero no falta en ella el sentimiento; lo más visible en ella es la idea, la reflexión. He aquí un pequeño fragmento de su magnífica colección Canciones, Romances y Poemas titulado "EL FUEGO DIVINO":

Tú eres la luz, la vida,
la inteligencia, el fuego, el movimiento;
tú la llama escondida
que da al sol alimento,
y armonioso vigor al firmamento.

Esta poesía, acaso la más perfecta de las suyas, es de la escuela de Fray Luis de León. La dedicada a Lucía se distingue por su platonismo, y por su misticismo; a Malvina, La velada de Venus, La Fábula de Euforión. Algunas de sus poesías son versiones de varios autores: de Goethe, tradujo algunos fragmentos del Fausto, de El Paraíso y la Peri, del inglés Fh. Moore; de Reco, y otras del norteamericano J. Russell Lowell; de Luz y Tinieblas, de J. Greenleaf Whittier, y del príncipe de Ipsilanti. Publicó una antología llamada Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX precedida de un discurso crítico que le sirve de intro-

ducción, no es propiamente una antología sino una colección.

Como periodista y crítico sobresalió don Juan Valera. Los caracteres generales de su crítica son optimismo, alegría de vivir, sentido común con una suave ironía, benevolencia con los escritores secundarios y prevención contra las formas nuevas, el romanticismo y el naturalismo. Su crítica es luminosa, indulgente, demasiado indulgente a veces, clara, culta y nada empalagosa; académica y aristocrática, animada, inteligente y sugestiva, siempre literaria y redactada en fina prosa. Se revela en ella su espíritu curioso, moderno y un tinte de ironía. No se limita a la literatura y menos a la literatura de una época o de un país. Le interesa el pasado igual que el presente; lo español igual que lo extranjero, la literatura igual que la filosofía. Tuvo una disputa acalorada con don Ramón de Campoamor, sobre la utilidad de la metafísica y de la poesía; utilidad negada por don Juan Valera y afirmada por Campoamor y al final dice Valera: "Tal vez si nos hubiésemos puesto de acuerdo sobre la significación de la palabra útil, no hubiera habido disputa". Tiene un discurso académico sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle, y otros académicos y artículos de crítica literaria: del Romanticismo en España y de Espronceda, exposición y crítica severa del romanticismo, una serie de diez artículos: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas; La cuestión palpitante, exposición y crítica del naturalismo; De la Naturaleza y carácter de la novela, sobre el realismo y moralidad de ella; De la moralidad en el teatro; Qué ha sido, qué es y qué debe ser el arte en el siglo XIX con notas biográficas y críticas importantes para el estudio de la historia literaria de aquella época. Trabajos críticos. Estudios críticos sobre filosofía y religión, sobre historia y política y sus Cartas Americanas. Sus discursos académicos se caracterizan por un análisis fundamental y una gran sensatez; sus Cartas Americanas de Crítica, en ocasiones excesivamente benévola. Don Juan Valera creía ser la verdadera esencia del arte: "Aquella majestad tranquila y aquel mirar sereno, que aún en los momentos de más grande pasión ostentan y tienden sobre las cosas y las ideas la verdadera poesía clásica y la de Goethe y de Leopardi". Por la forma unas, por el fondo otras, todas esas modas le resultan a Valera falsas, antiestéticas.

Como dramaturgo no tuvo gran éxito en sus tentativas. *Asclepigenia* es un admirable ensayo, una imitación, en cuanto a la forma, de los Diálogos platonicos; *Gopa* la mujer de Buda, que condena el pesimismo a nombre del progreso cristiano; lo mejor del tesoro y *Estragos* de amor y celos.

Como traductor son notables sus versiones de *Dafnis y Cloe*, de Longo con modificación de algunos pasajes; la de varios fragmentos del *Fausto*, de Goethe, y la de la obra de Schack, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*. Escribió cuentos, teniendo por modelo a Voltaire. Los más notables son: *Parsones*, *El pájaro verde*, *La buena fama*, *La muñequita*, *El bermejino pre-histórico*; se le criticó algo de crudeza en estas narraciones. El fué el iniciador de la colección de cuentos y chascarrillos andaluces que apareció firmada por "Fulano" era don Juan Valera, "Zutano" Narciso Campillo, "Mengano" Conde de las Navas y "Perengano" el Doctor Thebussem.

Como novelista fué muy notable aunque hay críticos que niegan su valor como tal y don Andrés González Blanco dice que para ser verdadero novelista "es preciso ser romántico en la conformación mental, realista en los procedimientos". Para él la novela es poesía, y es como tal un producto de la imaginación.

Don Juan Valera como todos los novelistas que valen, no copia la realidad, la pinta, la crea. Su obra más famosa es *Pepita Jiménez*, la mitad de ella está escrita en forma epistolar, y él mismo confiesa que se inspiró en los místicos del Siglo de Oro. Se distingue por su exquisita pureza de forma, por el perfecto análisis psicológico de *Pepita* y de don Luis. Sus personajes son todos pulcros, todos cuidan de su cuerpo tanto o más que de su alma, todos visten y hablan limpiamente, todos son finos, sensitivamente finos.

Otro rasgo característico e importante en sus novelas es el escenario de ellas, son casas limpias, en el campo lo mismo que en la ciudad; salas, sencilla y artísticamente amuebladas, galerías alegradas por el color de las flores y el canto de los pájaros; y el más amplio escenario de la naturaleza: las huertas andaluzas, ricas, exuberantes; los viñedos, los olivares; los almendros y las acacias; el aire perfumado y transparente, el brillante sol y el cielo azul. Las excursiones al campo, los bailes y los juegos; la manera de vestir y de vivir de la gente andaluza. El lenguaje de ellas es puro, escogido, castizo. El estilo pulido, terso,

rítmico. Escribe Azorín: "No hay escritor español que tenga tal poder de adornar melodiosamente las palabras, ni que con tan exquisita gracia haya usado el lenguaje más hermoso".

Pepita Jiménez es su obra maestra por el estilo en que está escrita, por las hermosas descripciones en que abunda; por la sencillez de la intriga y por el interés y simpatía que inspiran los personajes. Es este un drama puramente psicológico al cual nosotros asistimos, el que, en la historia del romance español es una novedad y una fecha. La finura y delicadeza de este estudio del alma, el arte exquisito en el desenvolvimiento progresivo de la pasión, la delicadeza del análisis, la elegancia del estilo todo él impregnado del perfume clásico de los místicos, es el festín de los conocedores, pero permanece poco accesible a la multitud. Estos estudios de sentimientos velados, de pasiones íntimas casi desconocidas que no salen más que a medias del alma y no se manifiestan más que discretamente hacia afuera, estas luchas obscuras entre la pasión y el deber, en las naturalezas distinguidas, he aquí lo que encanta a Valera, y el género en el que sobresale. Sencilla es también la trama de Doña Luz, El Comendador Mendoza, Juanita la Larga; Genio y Figura, Pasarse de Listo. En doña Luz se presentan los mismos problemas que en Pepita Jiménez, pero se resuelven de una manera distinta. Algunos autores y críticos colocan en primer lugar el Comendador Mendoza, aseguran que es más dramática, más rica en acontecimientos y peripecias, más variada y contiene problemas morales. casos de conciencia no menos interesantes. Escribió también las Ilusiones del Dr. Faustino, Morsamor, éstas no tienen la misma limpieza ni el mismo valor psicológico. Las ilusiones del Dr. Faustino es un poco más complicada dice el autor: Es un pequeño Fausto, "Un compuesto de los vicios, ambiciones, ensueños, escepticismo, descreimiento, que afligen o afligieron a la juventud de mi tiempo".

Genio y Figura ésta es interesante por la presentación que hace el autor de la heroína, la revelación que hace de su interior y el hondo espíritu humano que en la novela pone.

Se advierte en la novela del señor Valera un sentido cada vez más realista, más pedagógico y de más significación moral.

Dice Clarín: "Novelistas que nos muestren a los

ciudadanos que andan por allí, ya los tenemos; novelistas que nos pinten el alma de don Juan Fresco, sólo hay uno: don Juan Valera". Y he aquí algo esencial; Valera, es esencialmente español, esencialmente andaluz. Y su novela, su siempre fresca Pepita Jiménez es eminentemente española y andaluza.

Don Juan Valera se distingue por su buen gusto natural: por su conocimiento de idiomas clásicos y modernos; por la claridad en sus pensamientos; por su amor a la lectura derivada de su afán por ilustrarse. Fue como los escritores del Renacimiento un verdadero humanista; de espíritu académico, en quien el cerebro y la inteligencia dominan sobre el corazón y la sensibilidad. Era filósofo y muy ameno en la exposición de sus temas. A pesar de haber sido partidario del arte por el arte creía que el filósofo no podía prescindir de las reglas. Fue clásico por la exactitud en la descripción, por la sencillez, por su estilo casi perfecto y por la alegría y serenidad; por la ironía de la frase y por su amenidad es un "ingenio".

Las tristezas de una ancianidad afligida por la ceguera no han turbado esta alma serena; ellas no han hecho más que darle yo no sé qué de acabado que es el coronamiento del genio.

El señor Valera permanecerá como uno de los maestros de la lengua contemporánea: su estilo de una pureza clásica, sin afectación de arcaísmo, sin embargo, puede ser considerado como un tipo del castellano moderno.

Don Juan Valera ha sido uno de los espíritus más esencialmente clásicos de la edad contemporánea, ávido de saberlo todo como los atenienses; miraba al mundo como un gran espectáculo interesante, gozaba de la vida y se burlaba de ella con una sátira elegante. Educado clásicamente, perfeccionada su educación por la lectura, por el trato de gentes listas y cultas en casi todos los países civilizados donde residió como diplomático; era aristócrata a pesar de sus ideas liberales, de buen gusto nativo y adquirido; elegantísimo en el pensar y en el sentir, Valera fue un tipo sui generis en que el cosmopolitismo de la vida y de la cultura no logró nunca nublar el españolismo y el andalucismo de su estirpe y de su patria. En Lisboa; en Nápoles, en Dresde, en San Petersburgo, en Río Janeiro, en Madrid, estudió el mundo, la ciencia y las letras del medio en que vivía; pero sintiéndose

siempre andaluz; y en un andalucismo fino y gracioso se juntaban como flores en artístico ramo, el cristiano viejo y el clásico gentil, el creyente y el escéptico, el hombre de mundo y el erudito.

Cuentan los que le trataron que nada más atrayente y sugestivo, más instructivo, ameno y chispeante que su conversación. En sus escritos se refleja esa singularidad de su carácter que lo hace profundamente original.

Concebía la literatura como un bello juego del ingenio ayudado por el estudio; su lema era deleitar, envolvía enseñanzas en su prosa divinamente bella, clara y diáfana aunque satírica y satirizaba siempre sonriendo.

Según opinión de algunos autores, Don Juan Valera, como novelista, es inferior a Pereda, Pérez Galdós, Blasco Ibáñez, Palacio Valdés y Alarcón, por carecer del empuje de fantasía y brío de pasión en que sobresalen dichos escritores y agregan que sus personajes son variaciones del mismo Valera.

Don Marcelino Menéndez Pelayo elogia los versos de don Juan Valera y otros autores los critican diciendo que fué lo peor que escribió; pero como prosista se cree que desde Fray Luis de León no haya escrito nadie mejor el Castellano. Merece figurar entre los mejores hablitas del Siglo de Oro, no se parece a ninguno ni a todos en conjunto. Su estilo es suyo, la imitación no entra sino en cortísimas dosis en su prosa; él se la formó por el estudio de la lengua y por su propio temperamento de artista.

Su público fue un núcleo selecto y culto y nunca llegó a ser popular y persiste en él el carácter de su raza, de su región, de su época y de su patria.

México, D. F., noviembre de 1931.

CONSUELO MAGAÑA P.

